

ADIÓS ARTURO¹

La cubana de vuelta

María Delgado

La Cubana ha vuelto. Si pareció que *Gente bien* en 2016 iba a ser su último espectáculo, *Adiós Arturo*, escrito y dirigido por Jordi Milán, da fe de que la compañía está todavía viva y coleando. *Adiós Arturo* se estrenó en el Teatro Olympia de Valencia en mayo del 2018 y lleva girando por España desde entonces. Llegará al Teatro Rialto de Madrid en octubre de este mismo año y a Barcelona en 2020.

Es difícil no notar la presencia de *Adiós Arturo* en Bilbao. Representada en el Arriaga, las calles que llevan al teatro están adornadas con carteles de vivos colores en amarillo y rosa anunciando el espectáculo. *Adiós Arturo* aplica la fórmula habitual de la compañía de apropiarse de una práctica parateatral –la ópera en *Una nit d'òpera*; un programa de talentos para televisión en *Mamá, quiero ser famoso*; una película en *Cegada de amor* – y ponerla del revés para así crear una metanarrativa. En *Adiós Arturo*, el público es recibido en el vestíbulo del Arriaga por un despliegue de acomodadores (actores que trabajan para la compañía) vestidos con trajes de colores chillones. Los ordenadores de la taquilla se han estropeado y los acomodadores ayudan en la distribución de los asientos. Hay filas que están reservadas para los dolientes personajes que van llegando al funeral del reconocido filántropo, Arturo Cirera Mompou.

Arturo, muerto a los 101 años, actor, artista, escultor, poeta, compositor, músico, diseñador, escritor y antropólogo, dejó muy claro que no quería morbo alguno en su funeral, como no la había habido nunca en su vida. Por eso contrató a La Cubana para encargarse de sus exequias, muy a pesar de la consternación de su familia biológica. Todos aquellos que acuden al duelo son recibidos con una melodía desenfadada en el hilo musical. El escenario está hasta arriba de las coronas enviadas por la flor y nata de la sociedad española, desde Antonio Banderas hasta la familia real. Cuando los espectadores comienzan a ocupar sus asientos, a algunos se les pregunta si les gustaría participar directamente en la ceremonia. Miembros de las familias reales, presbíteros de la iglesia, embajadores y otros amigos de Arturo, toman asiento en el auditorio. El deudo más cercano es la pareja de Arturo desde hace cuarenta años, un loro que responde al nombre de Ernesto, al cual le ha sido asignado un lugar privilegiado en el escenario, justo encima de las muchas medallas con las que Arturo ha sido galardonado durante su larga carrera. Un ataúd de cristal esmerilado descansa en el centro del escenario, envuelto con la bandera del equipo de fútbol del Athletic Bilbao, una

¹ Publicado en *Primer Acto*, no 356 (2019), pp. 249-52.

institución legendaria en la ciudad, y una organización deportiva que Arturo, supuestamente, adoraba. (El guión está adaptado para que cada ciudad o pueblo donde se representa la obra sea donde nació Arturo, y así cimentar la identificación del público; la sensación de que era “uno de los nuestros”.) Una foto grande de Arturo baja flotando y queda suspendida justo encima del ataúd. Incluso muerto, Arturo aún preside los actos.

El escenario está preparado para la celebración tal y como lo imaginó Arturo. Un coro de ocho miembros entona un número musical desenfadado llamado “Adiós Arturo”, que se repite durante toda la representación, y en el que se celebran la curiosidad y los intereses de Arturo. Informaciones sobre la vida del difunto se proyectan en una pantalla situada al fondo. Hijo de un médico valenciano en Bilbao, cuando la familia ganó la lotería nacional en 1930 se trasladó a París, donde Arturo entraría en el conservatorio de la ciudad para iniciar sus estudios musicales. Un video granuloso filmado en VHS de su 70 cumpleaños llama a la risa y apela a la diversión en su funeral. El programa de mano de la obra, a todo color, ofrece un suplemento con una cronología completa de la vida de Arturo.

Se introduce a los dignatarios por su nombre y a los miembros del público que aceptaron jugar diferentes papeles, entre otros, los embajadores de Francia y Alemania, un renombrado Arzobispo, una delegación del club de fútbol Athletic Bilbao. Estos últimos, la Asociación de Amigos de “Pichichi” son llamados así en honor al legendario jugador Rafael Moreno “Pichichi” Aranzadi (1892-1922). Pichichi formó parte del primer equipo nacional de fútbol del país y ganó cuatro Copas del Rey con el club vasco antes de morir de tifus con 29 años. Se presenta a Pichichi como el padrino de Arturo —el padre de Arturo había salvado la vida del padre de Pichichi. Los Amigos van vestidos con trajes estrafalarios. Engalanados con las rayas rojiblancas del Athletic Bilbao, siguen a una portavoz formidable (Babeth Ripoll) que los dirige en un número musical plagado de paraguas del Athletic — algo así como una mezcla entre *Los paraguas de Cherbourg* y *Estudio Estadio* —. El público canta a coro con entusiasmo.

El resto de las asociaciones invitadas a brindar tributo a Arturo van entrando. Su variedad habla del amplio gusto personal del finado. Así, tras los agitados fans de fútbol, llegan los de la Asociación Española de Amigos de Bel Canto. El Presidente de la Asociación va acompañado de su gran amiga Renata Pampanini (Jaume Baucis). Renata ya no tiene la movilidad que tuviera en su día y va tambaleándose por el escenario con su bastón; lleva una peluca gris sujeta por una tiara que recuerda a un nido de pájaros. Mientras hurga en el ataúd, canta una versión pésima, si bien sentida, del aria de *Carmen* “L’amour est un oiseau rebelle”.

Al frente de la Asociación de Amigos de las Corridas de Toros en Inglaterra va temblequeando Lady Olivia Peterson (Nuria Benet) quien se quita el abrigo para cantar “El relicario” de Padilla acompañada de abanicos y castañuelas. Inmortalizada en 1975 por Sara Montiel en su película *El último cuplé*, canción, no lo olvidemos, que fue elegida para la campaña presidencial de Eisenhower en 1952.

Los tributos continúan. Alberto San Román (Toni Sans) representa a la Asociación de Hombres Separados de España, y canta con entusiasmo el himno de la asociación, “Viviré”. El

notario de Don Arturo, Ignacio Búho (Toni Torres) representa a la Asociación del Arca de Noé, un club de amantes de los animales. Los portavoces de los Amigos de Haka Maori hablan de la fascinación de Arturo por el Haka después de una visita que hizo a Nueva Zelanda en 1958 y los subsiguientes libros que escribió sobre la cultura maorí. La artista de striptease de cabaré Katherine Rodríguez (musa del círculo intelectual de *Le Dernier Cri*, del que Arturo formaba parte) está inspirada en Christa Leem (1953-2004), la legendaria intérprete, icono de la Barcelona de los años 70. Jordi Milán crea un personaje inspirado en una Christa ya anciana: Katherine canta con voz rasgada “My heart belongs to daddy” sobre el ataúd y su nieta, que la acompaña, reproduce el famoso número de striptease de su abuela. La Sociedad de Baile de Claqué Escocesa trae consigo un gaitero y un ágil bailarín que ofrecen un número que se mueve entre el baile celta y el claqué de Broadway. La Asociación de Artistas Drag aporta su propia versión, magníficamente exagerada, de “Adiós Arturo”. Lupita Olivares, la cantante de rancheras mexicana, canta con voz ronca sobre una amistad que ha sobrevivido durante décadas.

La vecina de Arturo de toda la vida, Herminia Soler Paredes (Montse Amat) y su chófer, Rashid El-Halili (Edu Ferrés), la familia “alternativa” del difunto, se encuentran entre los invitados. Herminia habla de los setenta años que vivieron puerta con puerta Arturo y ella con sólo una pared entre ellos. Marcel Crusoe (Edu Ferrés), un artista de mimo financiado por Arturo, ofrece una actuación en homenaje al hombre que pagó sus estudios. La cantante de music-hall cubana Caridad Muntaner, muy parecida a Tina Turner, quien llega al escenario un poco achispada, se tambalea y da vueltas mientras canta sobre cómo la vida se asemeja a un carnaval.

El Segundo Acto comienza cuando la celebración del funeral ha terminado. Han pasado tres horas y hay tres mujeres limpiando el escenario. “La Cubana son unos guarros” dice una de las empleadas de la limpieza mientras recoge el confeti que hay tirado por el escenario. “Yo lo que no entiendo es que les manden flores a los muertos. ¡Si los muertos no las ven!” replica otra del trio. “¡Pero las ven los vivos! Esto no se hace para los muertos... se hace para los vivos. ¡Es un teatro!” contesta la tercera. Son como los sepultureros de *Hamlet* pero trasladados al mundo contemporáneo. “Hay algo de teatro en los funerales”, observa una de ellas mientras Búho regresa para leer en voz alta el testamento de Arturo: veinte por ciento de su riqueza va a parar a las numerosas asociaciones que han aparecido por el funeral. La familia –indignada- recibe el diez por ciento y Ernesto el setenta por ciento restante. Además, Herminia ha sido designada como la tutora de Ernesto, responsable del bienestar del loro.

Es en el Tercer Acto cuando la avaricia real de la familia se pone de manifiesto. Después de que se haya terminado el funeral, la acción retrocede en el tiempo y nos traslada a tres días antes, cuando la familia se congrega en el piso de Arturo buscando objetos de valor mientras su tío yace tumbado en su lecho de muerte. Regatean sobre los cuadros, las joyas y las baratijas mientras los amigos y socios de Arturo que aparecen en el piso para ofrecer su último adiós son despachados rápidamente.

La producción cuenta con dos intérpretes nuevos, Edu Ferrés y Virginia Melgar, quienes acompañan a los miembros habituales de La Cubana: Jaume Baucis (magnífico como Renata Pampanini, el líder haka y Sebastián, el sobrino cascarrabias), Nuria Benet (Lady Olivia Peterson, la nieta stripper de Katherine, Lili Lirio, y Paqui, la pragmática señora de la limpieza), Babeth Ripoll (la aturullada Elisabet, y Amparo, señora de la limpieza), Montse Amat (la vecina Herminia, Katherine Rodríguez, y una de las artistas drag), Xavi Tena (Maestro de Ceremonias, Javier y artista drag) y Toni Torres (Ignacio Búho el gaitero, y uno de los nietos-sobrinos de Arturo). Cada actor interpreta al menos cinco papeles y la velocidad a la que se transforman –con ayuda de grandes pelucas y una coreografía entre bastidores que está cronometrada al milímetro– proporciona un surtido vertiginoso de divertidos personajes, quienes constituyen la columna vertebral de la narrativa. *Adiós Arturo* insta a su público a abrir sus mentes, a apuntar alto, y a embarcarse en una vida donde el individualismo vaya detrás de la amistad y de la comunidad. Es un mensaje que se agradece en un presente tan problemático como el nuestro.

Esta reseña está enmarcada dentro del proyecto “Staging Difficult Pasts. Of Objects, Narrative and Public Memory”, financiado por el Arts and Humanities Research Council [grant number: AH/R006849/1]

Traducción: Mar Diestro-Dópido